

FEDERICO MOCCIA

MIL  
NOCHES  
SIN TI



FEDERICO MOCCIA

# MIL NOCHES SIN TI

Traducción de Maribel Campmany

 Planeta

Título original: *E il cuore si fa più leggero*

© Federico Moccia, 2019

© por la traducción, Maribel Campmany, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Canciones del interior:

Página 37: © *Domani è un altro giorno*, 1996 Sony BMG Music Entertainment (Italy) S.p.A., interpretada por Ornella Varoni

Página 65: © *Felicità*, 1989 Sony BMG Music Entertainment (Germany) GmbH, interpretada por Al Bano y Romina Power

Página 201: © *Gelosa cara*, 1980 Sony BMG Music Entertainment (Italy) S.p.A., interpretada por Leo Battisti

Página 286: © *Cosa resterà degli anni '80*, 1989 CGD East West S.r.l., interpretada por Mina

Página 297: © *Can't Take My Eyes Off You*, 2001 Goldenlane Records, interpretada por Gloria Gaynor

Primera edición: mayo de 2019

ISBN: 978-84-08-20962-1

Depósito legal: B. 8.953-2019

Composición: Fotocomposición gama, sl

Impresión y encuadernación: Rotapapel

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

*Islas Fiji*

El mar y la noche se confunden. Las pequeñas y dulces olas rompen en la orilla. La luna tiñe la playa de un plateado ambarino. La arena es suave, está fría, Tancredi la levanta al caminar dejando que al cabo de un instante la brisa nocturna se lleve un poco consigo. Entonces se detiene, acaba de enredarse en su corazón un recuerdo, bonito, intenso, único, de otra noche de hace ya demasiado tiempo. Mira a lo lejos, hacia el horizonte que oculta la oscuridad. «No puedo verlo, pero sé que está ahí. Al igual que tú, Sofia.» Las olas alcanzan sus pies desnudos, mojan un poco el borde de los pantalones de lino enrollados en los tobillos. Se ve el reflejo de algún pez plateado que se topa por casualidad con un rayo de luna. «Cuando es de noche todo parece más difícil, más distante, más doloroso. No estás y, sin embargo, más que ninguna otra persona, sigues irremediablemente ahí. No logro liberarme de ti. Tus imágenes acuden de repente al igual que una ola a veces intensa, impetuosa, fruto de algún desconocido huracán, y otras, menuda, redondeada, débil, ligera, con una pequeña y sencilla cresta acariciada por el viento. Hay algunos momentos en los que

incluso el simple hecho de haberte vivido consigue hacerme pensar, hacerme tener la ilusión de que soy feliz, sólo gracias a la esperanza de que un día pueda volver a encontrarte. Vivo de esto, de la última esperanza.» Tancredi sigue caminando. Las palmeras se balancean al compás del viento. Ahora la luna está más alta. Algunas nubes lejanas se deshilachan y dejan libres a las estrellas para que brillen. Algún pequeño animal nocturno se mueve raudo entre los arbustos. «Mi isla es un paraíso, pero a veces parece realmente el infierno. Cioran decía que las noches en las que hemos dormido es como si no hubieran existido nunca. Sólo permanecen en la memoria aquellas en las que no hemos pegado ojo. La de hoy será una de esas noches.»

### *Rusia*

En un pequeño auditorio rodeado de nieve y árboles del pequeño parque de Mozhayskaya Ulitsa, Sofia Valentini, famosa pianista de fama internacional, interpreta a Nyman. Tiene los ojos cerrados, mueve ligeramente la cabeza y sus manos se deslizan por el teclado a una velocidad increíble. La música llena toda la sala, envuelve a la gente; además, es como si las notas atravesaran las paredes: salen al exterior, suben hacia el cielo, pasan entre las livianas nubes, entre las estrellas, y llegan hasta la luna llena, que las escucha absorta. Luego prosiguen su recorrido por la calle desierta y emprenden su viaje, llegan al inmenso y lejano lago Baikal, de una profundidad infinita, y a continuación suben por el sendero de la reserva natural de Ussurisky para después regresar a ese auditorio lleno de gente que,

inmóvil, embelesada, escucha su música. Olja está sentada en la esquina izquierda de la última fila. Conoce de memoria cada nota, cada línea de esa partitura, cada pausa. Fue una de las primeras piezas que Sofia aprendió a tocar. Y, sin embargo, a pesar de todo, llora. Nadie en el mundo toca así, nadie sabe conducir una orquesta con un piano como lo hace Sofia, nadie sabe interpretar a Nyman de ese modo. La conmoción es tanta que Olja no puede retener las lágrimas, por lo que la niña que está sentada a su lado en silencio, al volverse, observa asombrada a esa mujer mayor que llora. La mira perpleja, le gustaría decirle algo, pero no sabe exactamente qué. Olja se percata de la mirada de la niña, de modo que se esfuerza en sonreírle y la pequeña, satisfecha, vuelve a centrarse en escuchar la música. Ahora Olja sonríe para sus adentros. «No debo de estar muy bien —piensa—. ¿Será porque Sofia todavía es capaz de conmoverme de este modo o porque tengo algún problema en mi interior y no lo sé?» Pero no le da tiempo a encontrar una respuesta, Sofia toca las últimas notas y al final se para, se queda con la cabeza ligeramente agachada, inmóvil. Al cabo de unos segundos, todo el auditorio se pone en pie de un salto y estalla en un fragoroso aplauso. Olja también se levanta y aplaude, mientras mira a su derecha a la pequeña niña que le lanza una última ojeada y, al verla sonreír de nuevo, bate palmas todavía con más fuerza. Ya vuelve a estar tranquila.

Elizaveta sacude la cabeza un instante al pensar en lo que acaba de pasar. «¿Cómo es posible que esa señora no sea feliz en un concierto como éste? ¿Tal vez, al envejecer, se pierde la capacidad de distinguir las cosas bonitas? ¿O es que, como le ocurre a mi abuela, no está muy bien de sa-

lud? ¡Mejor dicho, no está!» La niña se echa a reír. Olja la mira. «Menos mal, ya no me presta atención, quién sabe en lo que estará pensando para reírse así.» A continuación, Olja se vuelve hacia el escenario. Sofia está dando las gracias al público con leves reverencias. Alguien lanza rosas rojas a sus pies. Sofia las recoge haciendo crujir las tablas del suelo, luego las alza sonriendo y se las lleva al pecho, a su corazón. El vestido rojo, elegante y vaporoso, le deja los hombros al descubierto. Sofia siente un escalofrío una vez que la adrenalina de la interpretación va desapareciendo. Mira de nuevo a derecha e izquierda, hacia los espectadores que no dejan de aplaudir. Hace una gran reverencia y al final abandona el escenario.

«Es evidente que Sofia tiene un don único —piensa Olja—. Interpretar así *A Wild and Distant Shore* con todos esos *crescendo* sólo está al alcance de Peter Bence, que no por casualidad posee el récord del mundo por haber tocado el mayor número de sonidos en un minuto con el piano. Un verdadero portento. Pero después dejó de hacerlo para siempre, porque sabía que ya no lograría volver a tocarla otra vez de un modo tan perfecto. He escuchado mil veces su interpretación y sólo Sofia ha sido capaz de superarlo. Porque Sofia es perfecta y no puede tocar de otra manera, ella es así, aunque parece que no se dé cuenta o, peor aún, que no lo acepte. ¿Por qué no quiere volver a hacer feliz al público de todo el mundo? Ya hace más de ocho meses que vive aquí, en el raión de Pervomaisky, un distrito a unos diez kilómetros de Vladivostok, un lugar batido por el viento. Muchas leyendas cuentan que el viento nace precisamente en estos parajes, entre el mar y las cumbres nevadas, y que a veces arrecia tanto que dobllega los árboles

más fuertes, incluso arranca algunos de raíz y, a pesar de ello, a Sofia no la mueve, ella se queda aquí, obstinada, casi escondida, voluntariamente exiliada tocando en este pequeño auditorio. ¿Cuándo volverá a dejar que el gran público la valore? ¿Cuándo podrá volver a afrontar el reto de los grandes teatros de América y Europa?» Una sensación de tristeza embarga a Olja, que sigue aplaudiendo, pero con menos entusiasmo. No sabe que en realidad se está equivocando, ese momento está muy cerca.

La gente se agolpa en los camerinos, todos quieren saludar a los músicos, pero sobre todo quieren ver a Sofia.

—¡Por favor, me gustaría conocerla, me gustaría saludarla!

Hay una gran multitud. Hombres y mujeres de todas las edades, niños, todos quieren verla, hacerse una foto con ella, un selfi, conseguir un autógrafo, poder tocarla. Sofia no para ni un momento, sonrío, reconoce a algunas de sus alumnas.

—¡Qué bien, habéis venido!

—No podíamos faltar, maestra.

Sofia las mira fingiendo una cara severa.

—¡Ah..., maestra! Sólo habéis venido por eso. Teníais miedo de que, si faltabais, os pusiera más deberes, ¿eh?

Las chicas ríen.

—Pero ¡¿qué dice, maestra?!

—Hoy me gustaría ser sólo Sofia para vosotras.

Las abraza, se hacen un selfi rápido con ella, una tras otra; a continuación, se alejan con sus moños apretados, su pálida y delicada piel, los ojos azules y luminosos. Parecen estar hechas con un molde. «Aquí todas son increíblemente bellas —piensa Sofia—, sencillas en su elegancia natural.»

—¡Sofía! ¡Mi reina!

«Bueno, lástima no poder decir lo mismo de los hombres.» Dimitri Ostanov es una de las personas más importantes de esa pequeña localidad, siempre dispuesto a organizar cenas, fiestas, eventos. Pero este año cayó en una depresión porque no pudo aceptar el hecho de no haber sido elegido alcalde por tercera vez consecutiva y haber sido derrotado por alguien más viejo que él, alguien que es muy querido por la mayoría de los ciudadanos, que ya no podían aguantar más todos esos innumerables, y sobre todo obligatorios, eventos. Dimitri Ostanov y su chaleco, tan tirante sobre su tripa que parece a punto de estallar de un momento a otro. Dimitri Ostanov, con su pelo desordenado a los lados de la cabeza calva y las mejillas teñidas de rojo como si hubiera sobrevivido a una tremenda cogorza de vodka. Dimitri Ostanov y su absoluta falta de sentido común. Se aproxima desmañadamente a Sofía, se frota un instante la mano en el pantalón; a continuación, coge la de ella y la besa. Después la mira a los ojos y, con una sonrisa maliciosa, le pregunta, creyendo que resulta fascinante:

—¿Has recibido mis rosas?

—Sí, y también he leído la nota, gracias, en serio.

—Había veinticuatro.

Lo dice con un tono engreído, como si estuviera hablando del Koh-i-Noor, «la montaña de luz», el diamante más valioso del mundo. A Sofía le gustaría sacudir la cabeza, pero prefiere ser diplomática.

—¿Le ha gustado el concierto?

—Todo en ti me gusta —e intenta besarle de nuevo la mano, esta vez incluso posando sobre ella sus húmedos la-

bios. Pero Sofia es más rápida y la retira de ese peligroso atentado corriendo al encuentro de la persona que acaba de llegar para saludarla.

—¡Alexandra! ¡Qué ilusión que hayas venido!

Abraza a una chica joven que, sin embargo, casi se ve obligada a susurrarle:

—La verdad es que me llamo Lenina.

—Discúlpame —musita Sofia—. Debo de haberme confundido, el cansancio del concierto. Aun así, me alegro de verte. ¡Vamos a hacernos una foto!

—Sí, gracias.

Y sonríen las dos al improvisado fotógrafo, un chico un poco fuera de lugar a quien Lenina le da su móvil mientras Dimitri Ostanov esboza una sonrisa ligeramente incómoda y sale del camerino, una vez más decepcionado porque su reina no está por la labor de convertirlo en su rey. Sigue acudiendo gente que, con gran respeto, se va alternando en el camerino de Sofia, lleno de flores que ya empiezan a ocultar las veinticuatro rosas de Dimitri Ostanov, cada vez más aplastadas contra la pared. Al final también entra la pequeña Elizaveta acompañada de su madre, Dana. Ve a Sofia y corre enseguida hacia ella, se le echa encima y se queda como pegada en su vestido rojo. Con los ojos cerrados, la abraza fuerte, muy fuerte, para transmitirle lo mucho que le ha gustado su interpretación. Sofia sonrío.

—Elizaveta, ¿te ha gustado el concierto?

La niña echa la cabeza hacia atrás, pero sigue abrazada a Sofia; acto seguido abre sus grandes ojos negros que la hacen única entre sus compañeras y brillan de felicidad.

—¡Ha sido precioso! Yo también quiero tocar así... —Y mira a su madre, Dana, que le sonrío, pero en realidad está

disgustada, no tienen tanto dinero para que Elizaveta pueda estudiar toda la vida. Sofia acaricia la cabeza de la niña.

—Lo estás haciendo muy bien. Un día tú también tocarás... Es sólo cuestión de constancia, de pasión y tenacidad. Pero tienes que poner el piano por delante de cualquier otra cosa.

En ese preciso instante, Sofia se entristece, piensa que así es en realidad, ella hizo exactamente lo mismo. ¿Y es feliz? ¿Ha sido feliz? Aparta enseguida esos pensamientos, sonrío y coge entre las manos el rostro de esa preciosa niña.

—Yo te ayudaré. Si tanto amas la música, la música te amará a ti.

Elizaveta estrecha a Sofia por última vez y se la deja a los demás. Dana, la madre, se le aproxima.

—Felicidades, un concierto precioso, muy emocionante...

—Gracias...

—Oiga...

—No se preocupe. Ya lo arreglaremos...

—Pero...

—Ahora Elizaveta tiene demasiada pasión para privarla de este sueño. Tal vez cuando conozca el amor sea ella quien lo deje a un lado.

«Aunque para mí no ha sido así», piensa Sofia, si bien le sonrío de todos modos. Dana asiente, finge estar de acuerdo con ella, pero está preocupada; las clases son caras y ella sólo ha podido pagar las primeras, ahora ya no será posible. Suele trabajar como limpiadora en la escuela a la que va su hija, y tardes alternas también está empleada en algunos domicilios particulares, pero todo el mundo quiere pagar poco y el coste de la vida, en cambio, ha subido. Como si no fuera suficiente, Sergej, su marido y padre de Elizave-

ta, se ha quedado sin trabajo, su empresa ha cerrado. Ahora intenta ganar algún rublo poniéndose a disposición de la gente, haciendo pequeños trabajos de albañilería o carpintería por las casas, y también otras tareas más sencillas como ajustar persianas, desatracar lavabos o, incluso peor, inodoros, porque se atascan con facilidad y en todo momento hace falta alguien que sepa lo que se trae entre manos. ¿Por qué los sueños siempre tienen que hacerse añicos al chocar con la realidad? Sofia la mira y parece intuir su pensamiento. Está a punto de decirle algo cuando Olja aparece en la puerta. Sonríe y abre los brazos; para Sofia no hace falta que añada nada más, es su manera de decir «Ha sido perfecto, no has fallado en ningún pasaje», o, mejor aún, «Ha sido tu mejor interpretación». Pero esta vez Olja se supera, decide decirlo en voz alta:

—Un concierto precioso... Ha sido sublime.

Elizaveta se la queda mirando, se suelta de la mano de su madre y se lanza de nuevo sobre Sofia. Tiene los ojos ofuscados, no puede evitar decirle de inmediato lo que ha pasado, la terrible verdad que sólo ella conoce.

—¡Eso no es cierto, Sofia! ¡No le ha gustado en absoluto: esta señora, cuando tú tocabas, lloraba!

Sofia y Olja se miran un instante y a continuación se echan a reír con una estruendosa carcajada.

—Gracias, Elizaveta... —Sofia sonríe a su pequeña informadora—. Olja es mi maestra y cuando llora quiere decir que lo he hecho especialmente bien...

—Ah. —Elizaveta se aleja, está un poco perpleja, qué manera más rara tienen los mayores de decirte que lo haces bien. Entonces Dana la coge de la mano y le sonríe.

—Venga, cariño, vámonos.

Pero Elizaveta, antes de salir de la habitación, se vuelve una última vez hacia Sofia y, con ademán orgulloso, le dice:

—¡Pues espero que un día yo también pueda hacerte llorar a ti! —y, satisfecha, sale del camerino.

Sofia ve alejarse a esa pequeña pianista, entusiasta y voluntariosa, tenaz y testaruda. Le recuerda a sí misma de niña. Pero quién sabe si Elizaveta cometerá el mismo error cuando crezca. «Aunque, ¿en realidad fue un error? Al fin y al cabo, no me obligó nadie. ¿O acaso buscaba algún pretexto tras el que esconderme?» De repente Sofia nota que el corazón le late con más fuerza. Igual que le ocurre a veces por la noche, cuando se despierta y no puede volver a dormirse. Mil pensamientos. Mil recuerdos. Mil anhelos que durante el día permanecen ocultos tras los muchos compromisos, haciéndole creer que por fin todo va bien. Olja se da cuenta. La mira. Pero es sólo un instante, porque llegan otras personas para pedirle un autógrafo y hacerse una foto con ella, y Sofia se muestra amable y accesible con todos. Y esa sombra desaparece.